

MIGUEL HERNÁNDEZ A CIEN AÑOS DE SU MUERTE

JOSÉ MARÍA ESPINASA

RESUMEN:

Evoca las cualidades fundamentales de Miguel Hernández como poeta, la significación de su trayectoria y el sentido de su condición de clásico, de poeta civil y de poeta amoroso.

PALABRAS CLAVES:

Miguel Hernández, poesía civil, poesía amorosa.

ABSTRACT:

This paper evokes Miguel Hernández's fundamental qualities as a poet, the significance of his trajectory and the meaning of his condition as a classic, civil poet and love poet.

KEY WORDS:

Miguel Hernández, civil poetry, love poetry.

Volverás a mi huerto y a mi higuera. Miguel Hernández

Hace algunos años, ante los constantes señalamientos de que la poesía era un género que no gozaba del favor del público, un reportero hizo una nota que llamó mucho la atención: los grandes tirajes y muchas ventas de poetas como Antonio Machado, Federico García Lorca, Pablo Neruda, César Vallejo y Miguel Hernández. Se podría haber mencionado a Mario Benedetti o —entre nosotros— a Jaime Sabines. Su popularidad entre los lectores no podría, sin embargo, ser tomada en cuenta como un valor estético sino en todo caso como un mero fenómeno de gusto y mercadotecnia combinada. Si empiezo estas palabras de homenaje mencionando esta circunstancia se debe a que si tomamos a los tres escritores españoles, cuya calidad creo que está fuera de duda, los tres, representantes de generaciones distintas —la del 98, la del 27 y la del 36— están vinculados existencialmente a la guerra civil española de 1936.

Antonio Machado, poeta reconocido y admirado en esas fechas, un hombre ya viejo en 1936, salió al exilio por Colliure, en 1939, para morir apenas unos días después y dar a su muerte, allí en la misma frontera, un valor simbólico marcado por el azar. García Lorca muere, fusilado por los nacionales, apenas en los primeros días del golpe militar y Hernández lo hará en los años posteriores a la finalización del conflicto civil destrozado por las cárceles y la tortura, y en cierta manera abandonado y sin ayuda, después de combatir al lado de la República. De los tres el más joven, Miguel representa el alborear de una nueva generación y de una nueva sensibilidad después de la admirable explosión creativa que vivió España en las primeras décadas del siglo, contrastando con la crisis política que la llevó a la guerra fratricida.

A pesar de morir joven, Hernández representa un retorno a las fuentes de mucha de la gran literatura española, no sólo de las formas métricas, de las cuales tuvo una conciencia inmediata desde sus primeros escritos, sino también de los contenidos y de las imágenes. Hernández en cierta manera está más lejos de Lorca, a quien quería y admiraba, que del ceñudo y serio Miguel de Unamuno. Pero en Hernández la densidad es alada, su mirada –tan fuertemente enraizada en la tierra– es la de un hombre que camina con pisada firme pero cuya mirada mira al cielo y se va con los pájaros y las ramas de los árboles, las nubes y el agua de los ríos. Cuando se insiste en llamarlo el pastor de Orihuela se debe a que ser pastor es una definición, casi religiosa, de ser hombre. Y esto se puede hacer extensivo a Machado y a García Lorca, los tres representan un sentido humano, no olímpico, de hacer poesía.

Frente a los avatares románticos de la figura del poeta –un ser que nos habla desde una dimensión mágica– escritores como Miguel Hernández lo hacen desde esta dimensión, y desde esta dimensión asumida a fondo por el compromiso con esa vida. Las raíces en la tierra son también raíces en la lengua: a los quince años, cuando leí los primeros poemas de Hernández, me impresionó mucho la «Elegía» por la muerte de Ramón Sijé, poema extraordinario que entonces se me impuso por su fuerza emotiva y que hoy me sigue conmoviendo por la manera en que esa fuerza ocurre sobre la página. Dice Miguel Hernández:

Yo quiero ser llorando el hortelano
De la tierra que ocupas y estercolas
Compañero del alma tan temprano.

Bastaría este breve terceto para remontarnos a lo mejor de la lírica española, con su particular condición de diálogo con la muerte, de responso permanente, pero hay que ver la precisión de las palabras –que recuerda en su inspiración a la de Ramón López Velarde– y el término hortelano se llena de luz, como aquel pájaro de oficio carpintero en la lírica del zacatecano. Cultivar el huerto, el poeta es pastor de legumbres, cuidador de un jardín que es el origen de ese sustento que nos ganaremos con el sudor de la frente. El diálogo con los muertos, tan español, es una conversación con lo inmediato, con el amigo. Se sabe que el significado del dolor ante la muerte no es el mismo si decimos fulanito murió hace cien años, o 100.000 mueren por un desastre natural, que cuando el que muere es ese prójimo, ese otro inmediato. Pero es este último, el del que señala la necesidad de ser el hortelano, el que da sentido a los otros dos, el que da sentido a la vida en el lamento ante la muerte.

Miguel Hernández es ya hoy día un poeta clásico –en el sentido de que lo leemos y lo tenemos presente todos– y lo fue casi de manera inmediata debido a las circuns-

tancias trágicas de su vida. Vivió a fondo los años de la Segunda República y los de la Guerra Civil. Hace unos días un amigo me comentaba que si los intelectuales del bando republicano comprometieron su pluma y su obra, arengaron a las tropas en el frente, después volvían a dormir a las ciudades, mientras que Hernández se quedaba en las trincheras haciendo guardia. ¿Cuestión de edad? Puede ser, él entonces tenía 25 o 26 años, pero aún así, como señalé al principio, no podemos evitar darle un valor simbólico. El pastor de Orihuela, como el duende de Andalucía o el complementario de Castilla no fueron poetas civiles, fue la historia la que les dio ese rasgo sin que ellos lo buscaran.

El pastor que cultiva el huerto-tumba elige esa condición porque ese jardín es también una elección del trabajo civil, lo que se reconstruye en el huerto es un eco del edén, de ese paraíso perdido que es la vida en la amistad. Poeta amoroso en el terreno más pleno de la palabra Hernández, que vivió intensas pasiones no todas de ellas bien correspondidas, hace de la palabra un don, un regalo al prójimo. La mencionada «Elegía» podría figurar en la más exigente antología de este género. Un verso clave: «Siento más tu muerte que mi vida». Yo entiendo la palabra sentir en el sentido más físico, el que acerca al dolor, como cuando se dice no siento la pierna. Hace de la muerte del amigo un dolor físico. El poema es un dolorido y doloroso lamento, pero a pesar de ello –insisto– no se nos presenta como un texto oscuro y lóbrego, sino lleno de luz, lleno de vida, como todo sentir, pues sentir la muerte es devolverle una condición de vida.

Ya para concluir. Soy de los que creen que la poesía es un género de minorías, que no goza del favor de un público masivo. Pero no lo considero un dogma ni me rasgo las vestiduras para que al final a los poetas no nos lea nadie. Al contrario, me da gusto cuando un poeta se reedita y más cuando alcanza enormes tirajes, como los mencionados al principio. No soy ajeno a que este alcance masivo se da tal vez por razones no poéticas, pero que quieren, a mi gusta mucho como canta Serrat a Miguel Hernández, y me gustaba la voz cascada de Paco Ibáñez en «Andaluces de Jaén». Es cierto que vendrán tiempos de revisión e investigación, de escoger entre las espigas de su obra las mejores y entre éstas las sublimes. No creo que haya duda de que las hay. Tiempo será de deshacer entuertos biográficos y desnudar mitologías, pero no creo que ello acabe nunca con el contenido simbólico que el poeta trazó en su breve vida. El itinerario personal acaba siempre por ser, cuando consigue esa carga simbólica, el de una colectividad. La poesía siempre nos impondrá a los críticos y a los lectores razones de su ocurrir, pero a la vez su ser más secreto será siempre un milagro. En el caso de Miguel Hernández lo es. Ahora, cuando el poeta habría cumplido y cumple cien años, de

JOSÉ MARÍA ESPINASA

todas maneras sabemos que «Temprano levanto la muerte el vuelo / temprano madrugó la madrugada».

Ciudad de México, febrero de 2010

Texto leído por el autor en el Homenaje a Miguel Hernández en la FERIA del Libro de la Universidad Nacional Autónoma de México. Palacio de Minería. 20 de febrero de 2010